

glesa durante el curso de la última guerra, es decir, de la actual. Y al decir "sociedad" no empleamos la palabra en el sentido de "alta sociedad" o "sociedad distinguida" ("society"), sino simplemente en su verdadera acepción de conglomerado social de la nación. Por sus páginas desfilan gentes de diversas capas y sectores de la vida inglesa, aunque dominan las gentes de la "high-class", tradicionalistas unos, en abierta rebelión otros, "déclassés", todavía algunos más. Pero, evitando dispersarnos en un enfoque demasiado amplio del tentador asunto, preferimos limitar nuestro comentario al hallazgo de las religiones orientales como acento dominante de la ética del libro. Huxley, en diálogos y acciones múltiples, nos ofrece primero un contraste entre la vida materialista y sensual de Eustace Barnack y el misticismo apasionante y evangélico del anti-fascista Bruno Rontini. Luego, otro contraste queda planteado entre el fervor socialista y austero, heroico casi, de John Barnack y el esteticismo un poco decadente y "dandyista" de su hijo Sebastián, etc., etc. Pero, enseguida, haciendo gala de un coraje y de una seguridad en sí mismo, que hasta ahora ningún novelista había mostrado, el autor se lanza en la descripción de estados que ninguna pluma había ensayado. Nos referimos a los estados que suceden inmediatamente a la muerte del individuo, a su muerte "física" y que preceden al desprendimiento de su alma —o "conciencia"— en los momentos —o siglos— en que entra a fundirse con lo eterno. Hay dos de estos temas tratados por el autor de *Time Must Have A Stop*, sobre los cuales quisiéramos detener la atención nuestra y la de nuestros lectores; a saber: la del llamado por los tibetanos "bardo-dohl" o "espacio intermedio" y la "visión mística" de lo Absoluto, la comunión con Dios, la fusión en el seno de Brahma.

Al describir con lujo de detalles la muerte de Eustace Barnack, relatando con minucia todo lo que pasaba por la conciencia del personaje antes de que la "angina pectoris" le paralizara el corazón, luego todo lo que sintió o pensó en los momentos mismos de morir, y enseguida, todo lo que ese "núcleo" de conciencia sentía o pensaba después de muerto, mientras luchaba todavía afanosamente por aferrarse a la vida y a las cosas materiales que lo rodeaban, Huxley ha entrado de lleno —aunque sin decirlo— en uno de los capítulos más secretos y oscuros de las religiones de Oriente. En nuestro libro *El Tibet Misterioso y sus Lamas*, hemos tratado, aunque superficialmente, este apasionante y turbador asunto del "espacio intermedio". Crean los "bompos" y místicos tibetanos, que a fuerza de entrenamiento y concentración mental, se puede llegar a influenciar los designios del propio "Karma" durante ese "estado intermedio" que sucede a la "muerte física". De allí, la ciencia de "bien morir", es decir, sin "perder la conciencia" (aunque la expresión correcta no sería propiamente ésta) para guiar uno mismo su alma hacia una mejor re-encarnación. Se supone que, en esto, uno puede también ser ayudado por un buen maestro, mago o sacerdote y de allí que siempre deba haber un Lama a la cabecera del paciente cuando se acerca la hora de partir. Naturalmente, la acción del oficiante es bien precaria si se la compara con la que uno mismo podría desarrollar, si estuviera preparado para hacerlo. Pero, la mayoría de los mortales, presos como estamos en la red de los apetitos,

intereses y posesiones materiales, sólo atinamos en esos dramáticos instantes a no separarnos de "nuestro mundo", de lo que conocemos y amamos, de lo que ambicionamos y poseemos. Las numerosas páginas que Aldous Huxley consagra a describir la lucha de Eustace Barnack —después de muerto— por resistir a su desintegración, por no separarse del ambiente en que vivió y murió, son lo mejor del libro, lo más dramático y apasionante. Están escritas un poco a la manera del "monólogo interior" de los surrealistas, como Joyce, Desnos y el Luis Aragón de antiguos tiempos. Son cuadros y visiones que desfilan, se superponen y se imbrican unas en otras. No podría, en verdad, emplearse otro estilo que el que el ágil autor de *Yellow Crome* ha usado en esas páginas. La conciencia del muerto, tan pronto se acerca a las cosas del mundo material, sus muebles, las gente que hablan en torno a su cadáver, sucesos lejanos de infancia que aparecen inesperadamente, etc., como se aleja de ellas y planea en un mundo misterioso y desconocido en que sólo una "luz", grata e imperativa al mismo tiempo, se ofrece a su visión. De esa "luz" vamos a hablar más adelante. En esos momentos sin dimensión de tiempo ni espacio, la conciencia de Eustace Barnack "ve" o "conoce" cosas que no han sucedido todavía, como la muerte de su sobrino Poulshot en un lejano campo de batalla de Burma, a manos de los japoneses; entra en contacto con la conciencia de Bruno Rontini, el místico, quien durmiendo en una oscura pieza de hotel de otra ciudad, sabe esa noche que Eustace ha muerto. Es verdad, Bruno veía la "muerte" pintada en el rostro de Eustace desde hacía meses, y se esforzaba por convertirlo, no a una fe determinada, sino simplemente por encaminarlo a una vida espiritual, libre de la corrupción sensual en que Eustace vivía.

Al hojear las páginas del libro, encontramos decenas de fragmentos que quisiéramos citar, pero preferimos resistir a la tentación en aras de la brevedad y amenidad de nuestro artículo.

Y llegamos, con esto al otro tema, el de la "visión mística" de lo Absoluto, con lo cual toda conciencia tiene que enfrentarse, antes de su absorción o fusión en el "seno de Dios" o en el "seno de Brahma". Huxley describe esta visión como la de una "luz", un gran centro lumíneo que invita hacia él, pero al cual el "alma" de Eustace no desea acercarse porque "presiente" que ese es su fin, que allí va a desaparecer. En nuestro libro *China*, hemos descrito el "éxtasis místico" de los grandes iluminados Taoístas, que culmina también en una visión "lumínea". Este trance místico que los grandes iniciados obtienen en vida, como un anticipo de la sabiduría eterna, es descrito casi con idénticas palabras por los Taoístas como por los santos Cristianos. El lenguaje usado por Lao-Tszé, Chuang-Tszé, Huai Nan-Tszú, etc., en sus descripciones de la "visión última", no sólo es extraordinariamente semejante al empleado por San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, etc., sino que coincide con ciertos estados descritos por autores modernos como William James, H. Thouless y W. H. Rivers, en sus exploraciones de los estados religiosos y del "inconsciente" psicoanalítico. Tampoco vamos a citar aquí trozos que calzarían admirablemente, en coincidencia casi fiel, con los trozos del libro de Huxley. Ellos se encuentran en el capítulo "Éxtasis Místico Taoista" de nuestra obra ya

North Cohocton, New York
Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscripción al

Repertorio Americano:
**The Moore-Cottrell
Subscription Agencies**
Incorporated

En el Perú, consigue la suscripción al Repertorio con la

AGENCIA MODERNA
En Arequipa. Casilla Correos N° 102

—o—
En Chile, la consigue con
GEORGE NASCIMENTO y Cía.
Santiago, Casilla N° 2298.

—o—
En Guatemala, con
Doña MARTA DE TORRES
En la ciudad de Guatemala.
(Callejón Escuintlilla, 8)

—o—
En El Salvador, con el
Prof. ML. VICENTE GAVIDIA
En Santa Ana (Liceo "Alberto Masferrer")

citada.

Los místicos Budistas describen la misma "luz" o "samadhi" como el momento de la "unión del Yo con Brahma". En nuestro libro *China*, hemos citado extensamente, como ejemplo típico de éxtasis búdico, el que nos ha sido transmitido por el monje Huan-Hsang, llamado "Maestro de la Ley", en sus *Memorias* de un viaje a la India. La "luz" de que hablan Novalis y el tibetano Milarespa, Swendemborg y Ramakrishna, constituye el centro "sensible" de esa "comunión del hombre con el Infinito" que Huxley nos describe tan admirablemente en el proceso "post-mortem" de Eustace Barnack.

Hemos leído en diarios y revistas norteamericanas y aun en revistas recién llegadas de Londres, críticas un tanto acerbas al libro comentado. Se reprocha a Huxley ese "misticismo" en que parece ir entrando y que, al decir del crítico de *Punch* (Londres, abril de 1945), "no convence porque carece de sinceridad". Se critica al autor de *Antic Hay*, el trasladar a su libro último, los conflictos entre "lo que él quisiera creer y lo que realmente siente". Pero, ¿no constituye, acaso, esto justamente, la mayor honradez de un escritor? ¿No es el deber de todos cuantos escribimos, el de plantearnos "en público", en pleno tablado de la plaza ciudadana, nuestras dudas y conflictos de ideas, sentimientos y creencias? Tal crítica se transforma, a nuestro juicio, en un elogio de la obra: Huxley que ha explorado, en sus libros anteriores, todas las direcciones y dimensiones de la sociología y de la ciencia occidental, antigua y moderna, vuelve ahora sus ojos hacia las milenarias religiones de Oriente, tratando de encontrar en ellas fórmulas éticas para la vida terrena y certidumbres imposibles para después de la muerte.

Stiembre de 1945.